

## **“LA VIDA Y LA MUERTE DE PUNTA A PUNTA”.** **CARACAS: TRÁNSITOS DE MODERNIDAD**

LEONOR MORA SALAS  
Instituto de Psicología, Universidad Central de Venezuela  
morasalas1@gmail.com

### Resumen

A partir de los procesos de modernización, la modificación de aspectos estructurales y poblacionales en las grandes ciudades venezolanas vino asociada a contrastes y desequilibrios en el crecimiento poblacional y desarrollo de sus habitantes. En este trabajo revisamos el tema de la violencia como categoría histórica, que define modos de relación contemporáneos. Elegimos la literatura como artefacto que registra la memoria de la ciudad y el análisis hermenéutico a tres textos sobre Caracas, personajes y situaciones violentas: los cuentos *Alias el Rey* (Meneses, 1947) y *Joselolo* (Infante, 1985), y la crónica *Sobre el estelar segundo veintiuno* (Torres, 2012). Buscamos acercamientos por vías comprensivas diferentes, para interpretar procesos psicosociales construidos históricamente y mantener la atención sobre ellos.

Palabras clave: Caracas, modernización, violencia, literatura, problemas psicosociales.

Recibido: 12 de septiembre de 2013  
Aceptado: 13 de diciembre de 2013  
Publicado: 30 de diciembre de 2013



Psicología ▪ Refereed journal

Volume 32, Issue 2-2013 | Pages 49-67 | ISSN: 1316- 0923

## **"THE LIFE AND DEATH OF END TO END". CARACAS: TRANSITS OF MODERNITY**

LEONOR MORA SALAS

Instituto de Psicología, Universidad Central de Venezuela

morasalas1@gmail.com

### Abstract

In this article the topic of violence is discussed; it is regarded here as an historical category that defines contemporary ways of relating. Literary works are employed as a way of registering urban memory. Three texts that refer to Caracas, its personalities, and its violent episodes are hermeneutically analyzed. The analysis is based on these works: a) the short stories, *Alias el Rey* (Meneses, 1947) and *Joselolo* (Infante, 1985), and b) the literary chronicle, *Sobre el estelar segundo veintiuno* (Torres, 2012). The purpose is to search for similarities in different ways of understanding violence in the hope that they might define the evolution of this disturbing psychosocial problem as an historically constructed social processes.

Key words: Caracas, modernization, violence, literature, psychosocial problems.

Received: Sept 12, 2013

Accepted: Dec 13, 2013

Published: Dec 30, 2013

Cerca de cuatro décadas le llevó a Venezuela transformarse en país urbano, así lo indica Fossi (s/f, c.p. Negrón, 2001) cuando nos habla de la modificación que experimentó la relación poblacional entre el campo y las ciudades. A esta “urbanización voraz” (Almandoz, 2011, p. 15) se le reconoce como el mayor de los cambios de tipo estructural advertido por el país en toda su historia. En este tiempo comienzan a gestarse innovaciones en las formas de vida de los habitantes de centros urbanos, pero también problemas propios de orden social en ciudades como Caracas, la cual reúne la llamada “aglomeración metropolitana” o mayor concentración urbana del país.

En el marco de este crecimiento de Caracas, denominado también “hiperurbanización” o “población redundante” (Negrón, 2001, p. 21), se organizan relaciones de orden socioeconómico, político y cultural que logran materializarse en instituciones de tipo y jerarquía diversas. Es aquí donde se define el carácter dinámico y de transformación constante que caracteriza a la modernización de la ciudad. Caracas se muestra, según lo indica Almandoz (2011, p. 17), como ciudad de grandes contrastes, de “segregación espacial, económica, social y cultural”. Como apunta Uslar-Pietri (1972): “Las casas buenas son las mismas casas coloniales concentradas alrededor de la Plaza Bolívar. En cambio en los treinta años de la explotación petrolera su población triplica, su perímetro se extiende a todo el valle, el aspecto de sus edificaciones cambia radicalmente. A cada nueva noche hay más luces en los cerros circundantes. Las gentes habitan debajo de los puentes. Es la Venezuela real que llega y acampa ansiosa en busca del holgorio de la Venezuela fingida” (p. 63).

Vista en cifras, Caracas “... sobrepasaba el millón [de habitantes] para 1956, los dos millones para 1965, los tres millones y medio para 1990” (Cartay, 2003, p. 55). Este crecimiento progresivo de urbanización que involucra y afecta al territorio y la economía, ha tenido como consecuencia transformaciones en la ciudad en tanto “fenómeno espacial y social” y en la vida de las personas. Ha devenido en complejidades para la dinámica social y representado adelantos en materia de modernización de los urbanismos, en lo que supone de diseño urbano (Almandoz, 2008, c.p. Castillo, 2009). También acontece lo que otrora anunciaba Uslar-Pietri (1972) al destacar que “... todo aumento de población que no vaya ligado estrechamente a un aumento de la producción, y especialmente la de alimentos, es perjudicial y contrario al interés de Venezuela. No es un aumento sano de población y de riqueza...” (p. 99). Con el paso del tiempo podemos apreciar la invariabilidad de las prácticas y, por ello, la vigencia de estas advertencias: [Caracas] En el

año 2000... contaba con 3.222.966 habitantes, unas 776.780 familias, y era una ciudad marcada por profundas injusticias sociales y económicas. Albergaba el 13,33% de la población del país, pero del total de sus familias, el 23% registraba un crítico déficit habitacional y el 86% devengaba ingresos inferiores a los 683.000 bolívares mensuales (Cartay, 2003, p. 55).

Así, al elevado aumento de la población y “desequilibrio demográfico” que nos señala Almandoz (2011), se agrega la situación de polarización social, desigualdad y exclusión que se ha profundizado con el correr de los años: las personas pobres comenzaron a ocupar terrenos ubicados en los bordes de la ciudad, generalmente vulnerables a los derrumbes, deslizamientos e inundaciones. De esta apropiación de lugares en la ciudad tenemos como resultado que “[los] barrios marginales van desde el extremo este de Petare hasta el extremo oeste de Catia o en zonas como Caricuao, Tacagua, Cucaguita, etc. ...” (Cartay, 2003, p. 67).

Estos asentamientos, aun cuando están ubicados en los márgenes, forman parte de la ciudad y están integrados a ella, a su dinámica, de forma tal que el barrio “... se hace presente como mundo-de-vida que es, como cultura en proceso, que sabe que necesita de la ciudad para constituirse con plenitud, pero que también puede aportar a ella” (Trigo, 2004, p. 22). Es un lugar desde el cual sus habitantes deben desarrollar una relación productiva con la ciudad para asegurar la sobrevivencia, por cuanto el barrio no proporciona ni el medio de vida ni cubre los requerimientos necesarios para vivir. Sin embargo, allende de las condiciones de desventaja que ofrece, el barrio es la garantía para construir la vida en la ciudad; de igual modo “Si se aspira vivir en el barrio, si se está determinado a ello, porque en ello va la vida, es impostergable entrar de algún modo en la ciudad” (p. 51).

¿Cómo se vive Caracas desde el barrio? El habitante del barrio siente que está en “... un mundo plural, contrastado, agónico, pero en construcción, es su propio mundo, el que se corresponde con su ritmo interior” (p. 26). Es percibido también como un lugar en el cual se van deteriorando los servicios: la vialidad, el agua, la educación, la salud y la seguridad. Se hacen visibles carencias que tiene precedentes y señalan consecuencias de una distribución urbana carente de planificación habitacional por parte del Estado. En un contexto de pobreza y condiciones residenciales precarias, las migraciones internas que suceden frecuentemente en el país, ensanchan el límite de las zonas de riesgo propensas a ser destruidas por sucesos naturales, y el conjunto de ofrecimientos políticos engañosos incrementan el drama social

que enfrenta la población venezolana en condiciones de pobreza (Mora-Salas, 2013).

Ahora bien, desde esta perspectiva, si entendemos la pobreza como un problema social que se traduce en “...insuficiencias o carencias que poseen los grupos humanos que, en mayor o menor grado, obstaculizan un desarrollo humano equilibrado, provocando su aislamiento de las condiciones de progreso reconocidas universalmente” (Viloria, 2011, p. 1), es evidente entonces que en nuestro contexto tal problema presenta un carácter pluridimensional que implica aspectos diversos: educativos, culturales, sanitarios, ambientales; asimismo simboliza una noción de sociedad arraigada a la forma como la experimentamos los venezolanos.

En el contexto del barrio caraqueño y de la pobreza, a los problemas de transporte, servicios, medio ambiente, equipamientos, vivienda y gobernabilidad se agrega la “violencia urbana” (Carrión, 2002), cuya magnitud y características están asociadas a la ciudad, sus modos particulares y su cultura. El mundo urbano es el modo de vida fundamental para la mayoría de los latinoamericanos y, en este contexto, la violencia comienza a marcar las relaciones entre sus habitantes: inseguridad, desamparo, agresividad, autodefensa, etc., con la cual la población restringe su condición de ciudadanía y la ciudad disminuye su calidad de espacio público por excelencia (Carrión, 2008, pp. 15-16).

En la ciudad, las manifestaciones de violencia tienen amplios reverses, como lo indica Briceño León (2012): “En Caracas en el año 2010, según la Encuesta de Victimización realizada por el gobierno se tuvo una tasa de 232 homicidios por 100 mil/h” (p. 3161). La misma encuesta en el año 2009 reveló que “... el 84% de las víctimas fatales son del sector pobre de la sociedad” (p. 3063). Los autores son hombres jóvenes de sectores populares, quienes desempeñan doble rol: como víctimas y como victimarios...

Son las bandas de adolescentes que con su pistola a la cintura salen a luchar por la vida, a competir a su modo en el mercado (no más brutal, piensan, que los de arriba) para procurarse lo que necesitan y desean, renunciando, como está mandado a todo lazo, no teniendo más valor que el de tratar de prevalecer sobre los demás para poder vivir como dicen que merece la pena hacerlo, aunque sea por breve tiempo. Ellos dicen: yo asalto, yo me llevo esto, yo quiero, yo te

mato. Ellos viven si acaso entre ellos. Asaltan por igual en el barrio que en la ciudad (Trigo, 2004, p. 58).

En fecha más reciente, vemos cómo el drama de la violencia se profundiza, los niveles de organización de quienes actúan sin impunidad alcanzan estatus elevado. Hablamos de un problema que con el tiempo se ha incrementado y su desarrollo define hoy modos particulares de vivir la ciudad y habitar en ella.

... las bandas de muchachos de no más de 25 años de edad se han convertido en una subcultura de hombres dispuestos a matar porque matar es poder y es un acto placentero para ellos... se está formando “un grupo humano, con su propio mundo de vida, al margen de la forma de vida y del mundo de vida de la sociedad”, ya que “desarrolla sus propios valores, desarrolla sus propia manera de entender la realidad y de reaccionar ante ella, de buscarse los bienes”. Maneras que están “completamente fuera de lo aceptado en la convivencia social de la gente” (Moreno, 2014, *Correo del Orinoco*).

Las miradas plurales que hemos convocado al diálogo aquí, nos permiten decir con respecto a la violencia que no existe una realidad única, por el contrario, encontramos modos diferentes de pensarla y entenderla como una consecuencia de su condición de categoría histórica y de la explicación que se hace de esta desde las diferentes concepciones. De tal modo que para la comprensión e intervención en el problema de la violencia es preciso plantearse la realidad desde una ontología múltiple, además de considerar los determinantes históricos tanto en sus manifestaciones como en su interpretación (Mora-Salas, 2008). En el marco sociohistórico y cultural en el que discurre el tema de la violencia –del cual hemos perfilado escasamente algunos trazos–, y a los efectos de avanzar en su comprensión en aspectos relacionados con ella como son la ciudad y su modernización, hemos elegido realizar una mirada desde la literatura.

Situados en ella, reconocemos el valor de textos como *Alias el Rey* de Guillermo Meneses (1947/1991) y *Joselolo* de Ángel Gustavo Infante (1985/2010) en el género cuento, y *Sobre el estelar segundo veintiuno* de Héctor Torres (2012) en el género crónica literaria<sup>1</sup>. En ellos nos detendremos con la intención

---

<sup>1</sup> Barajas (2013) destaca a “la narración como elemento común para ambas formas textuales [la crónica y el cuento] ... [y] la historia aun en proceso como

de estudiar el tema de la violencia, que aparece ubicado en el contexto sociohistórico específico de la ciudad de Caracas durante el período de los años 1947-2012. Para cumplir con este propósito, y luego de efectuar una breve reseña del corpus indicado, abordaremos dos categorías de análisis: (1) modernidad caraqueña e imaginarios de la ciudad y (2) jóvenes, pobres y delincuentes.

*Alias el Rey* nos ofrece la historia de Juan de Dios, un adolescente de una zona popular caraqueña de mediados de los años cuarenta, con una vida signada por la miseria, sin esperanza ni opciones de salida, en un contexto familiar y comunitario donde ocurren progresivamente incidentes en los cuales busca emular las prácticas delictivas de su padre; además de vengar su memoria, logra a través de sus acciones volcar su rabia y consolidar su más grande deseo: ser el Rey por un minuto –de la ruina y el infortunio en el que habita– aun a costa de su vida.

*Joselolo* plantea la experiencia de un adolescente marcado por la violencia desde muy temprano en su vida, la cual discurre en un barrio al sureste de la ciudad con sucesos que dan cuenta de las razones, medios y modos a través de los cuales se forja el carácter de un delincuente. En la historia que se narra, la vida del personaje central aparece marcada por diversos hechos que involucran robos, asesinatos y su propia muerte. Se devela aquí, además, el carácter pronunciado que existe en la ciudad de la estratificación de los espacios y el uso que dan a ellos sus habitantes. Punto de interés para la crítica literaria lo ha constituido el estudio sobre el papel del lenguaje en este cuento. (Véase, por ejemplo, Espinoza, 2002).

La crónica *Sobre el estelar segundo veintiuno* presenta los hechos que acontecen un segundo después de ocurrido un hecho delictivo, asalto a mano armada en este caso, y plantea la perspectiva de resolución que asumen tanto el agraviado como las víctimas secundarias ubicadas en el entorno cercano del evento, a partir de su historia y experiencia de relación con la violencia. Un relato que denuncia y alerta sobre las situaciones violentas que se producen a diario en la ciudad, en la que se muestra un episodio donde se preserva la vida pero no la dignidad de la víctima.

---

el posible aspecto distintivo entre las dos” (p. 308). Agrega además que “Para el cuento, la historia por lo común culmina con la última palabra del enunciado y su punto final... la crónica no parece dar por concluida la historia una vez que el lector ha alcanzado ese último carácter tipográfico: esa historia o bien no termina porque no ha llegado su último momento o porque quien la lee la halla viva en su propia existencia” (pp. 273-274).

## MODERNIDAD CARAQUEÑA E IMAGINARIOS DE LA CIUDAD

Las imágenes de la ciudad que se abordan en los textos seleccionados nos hablan de la perspectiva asumida por los personajes, la significación que para ellos tienen los hechos y las prácticas, los acervos que construyen como grupos sociales y las valoraciones que otorgan a la cotidianidad ciudadana. Como habitantes de las zonas pobres los personajes de las historias, a través de sus acciones e intereses, presentan a Caracas como un lugar concreto, marcado por el deterioro físico, el menoscabo de las condiciones de vida, las relaciones sociales violentas y la corrupción de los valores culturales.

En el caso de *Alias el Rey*, la historia pareciera ocurrir ajena a la dinámica de la ciudad como un todo, hecho este que nos anticipa una fragmentación en el interior de ella. Las imágenes de la Caracas son construidas desde la realidad de las personas que habitan sus márgenes, desde la vivencia de quienes residen en los espacios de pobreza. Ellas revelan lo negativo de la ciudad: el deterioro, la destrucción, lo inmundo, hediondo, putrefacto y feo, la degradación y miseria de las condiciones de vida, el abandono y el olvido:

[Juan de Dios] Estaba sentado al borde de la hondonada. Abajo corría un hilo de aguas negras y, entre los rotos del barranco, se deshacían alpargatas rotas, trozos de hojalata, bacinillas destrozadas, papeles, sucios desperdicios de las casas vecinas. Juan de Dios miraba. ... Juan de Dios se miraba a sí mismo. Su pellejo grasiento de negro recogía también los fuegos del crepúsculo... Sobre sus piernas flacas, sobre sus pies, sucios de barro, caía el buen calor del sol y él pensaba sus cosas.

–Yo soy el rey –dijo entre dientes y miró hacia abajo.

Su reino era el barranco sombrío adonde no llegaba el sol. Su reino era toda aquella tierra de barranco, con las podridas yerbas crecidas a la orilla de las hediondas aguas y el túnel donde se hundía la inmundicia corriente y los desgarrones de la tierra quebrada y la oxidada vejez de los destrozados objetos de peltre, de los trapos, de los zapatos desgarrados, de los desperdicios sin nombre (Meneses, 1947/1991, p. 158).

Un poco más abajo del sitio donde la calleja era cortada por el barranco, el fétido riachuelo de aguas negras se hundía en un túnel que atravesaba todo el barrio y cuyo final no llegaron a conocer los



muchachos. Entraban a aquel negro agujero de la cloaca, al túnel lleno de hierbas hediondas, de ratas y de insectos y pronto aquello se les hacía irrespirable... (p. 165).

Observamos aquí la descripción de lugares característicos que, en la trastienda, pero junto con otros, también conforman la ciudad. A través de ellos se muestra el lado contrario, oscuro, opuesto y negativo del progreso; asimismo se aprecian las simientes de la separación, segregación, abandono y olvido que sostienen la diferencia.

Con casi 40 años de distancia de *Alias el Rey*, el cuento *Joselolo* nos conecta con una Caracas que vive de modo pronunciado la sectorización de la población, la división de los lugares de acuerdo con funciones y públicos determinados. En el caso que se nos presenta, los sectores identificados están ligados, unos a los bordes de la ciudad, otros a los espacios de movilización de los personajes, particularmente para la perpetración de los delitos. El ambiente donde se sucede la vida de Joselolo, el personaje central de esta historia, está vinculado con la pobreza y “los bajos fondos”, con el desarrollo de unas prácticas que se ubican fuera de los límites de la ley.

... después el zinc vencido lo devoró por completo: dio manotazos de ahogado sobre una batea partida. Cortó la oscuridad con su navaja sin sentir los planazos en la espalda. Rodó entre gamelote y montones de basura (Infante, 1985/2010, p. 139).

... en cada viaje a Parque Carabobo, donde tuvo que asistir durante varias semanas, acompañado por los profesores del primero C para evitar el linchamiento: parientes, amigos y demás deudos, le montaban cacería en los alrededores de la Petejota.

Todo el mundo hablaba del “Luis Barrera Linares”: el liceo se puso de moda y por primera vez se oyó el nombre de Las Mayas más allá de El Peaje (p. 140).

Se montaron en un autobús Puerta Caracas y sin balas para lanzar por la ventana, cansados de rodar, bajaron en Quinta Crespo. Cruzaron la Baralt para devolverse, pero de repente comenzó a llover.

Entraron a un galpón que antes fue cine con nombre de flor.

Hermanolo apartó a Tina hacia un rincón. Tomó sus manos y, clavándole una mirada punzopenertrante, dijo: *Vete y espérame en Los Próceres*. Tapó su boca. *Hazme caso, después te explico* (Infante, p. 142).

A la vuelta de casi medio siglo, apreciamos una Caracas con signos de marcada diferencia y deterioro pronunciado. Se dejan ver los márgenes si bien como parte del espacio de la negación, pero se ligan aquí con lo populoso, con dinámicas sociales más complejas, en una suerte de simulacro de la armonía, una consonancia aparente que solo reafirma las desigualdades.

Torres (2012), en *Sobre el estelar segundo veintiuno*, nos muestra a la Caracas actual, confusa, caótica, sobrepoblada e impersonal. En la crónica aparece la complejidad que supone la vida en Caracas en términos de habitabilidad, trabajo, transporte, movilidad, densidad poblacional, seguridad...

Son las dos y cincuenta y cinco de la tarde de un viernes de quincena. La ciudad se siente como un globo lleno al que le siguen echando aire (Torres, 2012, p. 25).

Algo zumbaba en los oídos, alejando ese primer plano del resto de la escena, y sin embargo el rumor de la calle permanecía intacto en toda su composición: carros, cornetas, motos, sirenas, gente que sostenía remotas conversaciones... (p. 27).

... [los miraba] Como podía mirarlos el perro que bajaba por la acera, ajeno a Caracas y a sus miserias (p. 29).

Tres décadas más tarde la complejidad adquirida por la ciudad la muestra confusa, incoherente, ausente de forma, pero aun así clara en los contrastes, Caracas aparece como un mundo social significado por la desigualdad, desarticulado, escindido, diverso, discrepante.

El imaginario narrativo sobre la ciudad, que nos presentan los textos de análisis, deja ver la estratificación en los grupos humanos y los espacios como derivados característicos de la modernización en la metrópoli caraqueña. Las visiones de la ciudad que se reúnen en el discurso literario develan los modos plurales en que social y culturalmente se asimilan los procesos de modernización en las diferentes épocas; de ella se muestran los grandes contrastes en lo socioeconómico, cultural y espacial, tal como nos indica Almandoz (2011). Desde el sujeto popular, la ciudad se percibe como caos

influyente en las relaciones sociales entre los habitantes de la urbe. Según lo expresan Almandoz (2011), Cartay (2003) Negrón (2001) y Uslar-Pietri (1972), se exteriorizan las consecuencias que tiene el crecimiento progresivo de la urbanización para el territorio, los urbanismos, la economía y la dinámica social.

### JÓVENES, POBRES Y DELINCUENTES

Exclusión y polarización social subyacen a la actuación de los personajes de los textos que comentamos. Sus acciones hablan de la cultura y prácticas del delincuente, que en los casos estudiados se trata de un perfil de hombres jóvenes que habitan en los márgenes de la ciudad y viven en condiciones de pobreza, con unas historias personales vinculadas con la violencia familiar, el abandono, una escolaridad interrumpida y las presiones sociales para la lucha por la sobrevivencia, en un ambiente hostil que exalta en ellos la rabia, el descontento y los sentimientos de venganza.

Las escenas en que se mueven los personajes de *Alias el Rey* destacan la intimidad de sus sentimientos e intereses, también reflejan una realidad social particular. A través de ellas el narrador presenta un cuestionamiento al estado de cosas existente en la ciudad y la vida de algunos de sus habitantes: aquellos que se encuentran en mayor desventaja social, seres sin esperanza. Es quizás la rabia frente al sentimiento de la diferencia y el menoscabo de sus condiciones lo que sostiene la venganza del personaje central.

Juan de Dios lo miró con violenta rabia; de entre sus gruesos labios abultados saltó el escupitazo ofensivo; miró con placer como corría sobre la cara de Teodoro la saliva espesa... (Meneses, 1947/1991, p. 159).

¡Carajo, imbécil, carajo! ¿Te has atrevido a escupirme a mí? ¿No sabes que yo soy el Rey, carajo? ¿Oíste? ¡Yo soy el Rey!

Lo llenaba la rabia. Pensó que le gustaría ver a Teodoro hecho pedazos entre sus manos y lo golpeó fuerte sobre la cara (p. 160).

Él se desagradaba porque sentía que algo de los miedos de la madre lo rozaba y se pasaba a él. Ciertos temores para los cuales no tenía explicación –el miedo a los policías, por ejemplo– le molestaban y desagradaban. Cuando Rosa temblaba ante los gendarmes, el muchacho odiaba a un tiempo mismo al hombre de uniforme y a

la temerosa mujer que era su madre. Una vez Rosa estuvo llorando desconsolada durante muchas horas. Un policía había estado rondando frente a la casa y ella había llamado a Juan de Dios. Le había comenzado a decir: –El policía... –cuando él enfureció y le lanzó encima las largas tijeras que la mujer usaba en su trabajo.

–He podido matarte, idiota –dijo el rabioso Juan de Dios (p. 162).

Eso que me pasó, ¿sabes?, me ha sucedido ya otras veces. Es que se me mete el demonio dentro del cuerpo. Yo voy a matar a cualquiera un día de estos, si se me atraviesa en un mal momento. ... Va a ser un policía el que se me atraviese en un mal momento. Estoy seguro de eso (p. 163).

El resentimiento social y la rabia alimentada por las privaciones se ubican en el texto como las razones que impulsan las acciones de Juan de Dios. Ser negro y pobre es una ecuación mal planteada para la vida de un personaje que carga consigo el impulso y la falta de previsión, la ambición y la necesidad de realización, que son propias de la adolescencia. A estas condiciones, el narrador adiciona al personaje la ira y la presión social por reproducir la práctica delincinencial de un padre ausente. El resultado, el asesinato de policías –sus enemigos simbólicos– y la muerte propia como destino.

Uno es negro –explicaba– y ser negro es una calamidad, ¿no?... Pero si se consigue plata, la cosa es distinta. Fíjate tú en don Nicómedes Peralta, que es negrito y, sin embargo, todos le dicen Don y le pusieron el Jueves Santo la llave del Monumento, y las hijas parecen blancas de lo bien que se visten. ¿Tú te fijas?... Hay que conseguir plata (Meneses, 1947/1991, p. 166).

[Juan de Dios] Quería robar, fajarse a tiros con la policía, dirigir un robo en grande ...quería tener un revólver; lo deseaba con el más ferviente ardor admirativo; sentía que necesitaba disparar sobre el policía que se atravesase en un mal momento (p. 173).

Y, de repente, como aquella otra tarde, la rabia venció cualquier sentimiento de defensa y de esperanza. No podía salvarse. No quería salvarse. Iba a matar. Sacó el revólver. Midió cuidadosamente la silueta del más grande de los policías. Disparó.

—¡Aquí estoy yo carajo! ¡Juan de Dios, el Rey! —gritó, mientras veía caer a su enemigo.

Saltó fuera de los matorrales haciéndose claro a los gendarmes. Lo acribillaron a balazos. Se desplomó hirviendo de rabia. Al caer, su boca rozó podridas yerbas a la orilla de la negra agua podrida.

—Yo soy el Rey —dijo, y cerró los labios temblorosos de rabia sobre la tierra podrida y miserable, junto a los desperdicios de la miseria que formaron su único reino verdadero (p. 181).

Origen, propósitos y desenlace comunes hacen de la vida del personaje de Meneses un punto de enlace con lo que nos plantea Infante (1985/2010), cuando presenta en *Joselolo* la historia de un adolescente que se tropieza tempranamente con el acto de matar, precipitado por una vida marcada por la violencia familiar y la práctica delictiva de sus pares. Subyacen a estas condiciones de su crianza, escasez, necesidades y privaciones, dificultades para lograr identidad y pertenencia familiar, exclusión y abandono escolar, separación del mundo productivo...

El bróder nunca fue santo: desde el liceo perfiló su profesión: empaquetado hasta la médula en la muerte de un compañero, es citado a la dirección para aclarar los detalles. La oficina del director está sola y su paltó pagando sobre el espaldar de la silla. Pisó el peine: el director, que valía por dos (había guardado todo su dinero en las medias), aparece de pronto, cierra la puerta con su gordura y le dice satisfecho: *Hasta aquí lo trajo el río. No se le ocurra volver sin su representante.*

Doble paquete. Se ganó, de gratis, una fama tremenda: choro y criminal.

Jamás se dio a conocer el nombre del victimario: era menor de edad. El de la víctima aparecía por todas partes (Infante, 1985/2010, p. 140).

Libre de culpa, quiso rehacer su imagen: anduvo el resto del año como comprador de oro roto. La buena fe, sin embargo, no impidió que lo botaran del liceo.

Joselolo andaba todo descontrolado. Así salió para el segundo año, sin pararle mucho a esos dedos que señalaban su pasado (p. 141).

En el cuento resulta probable el hecho de que las prácticas de relación conflictiva dentro de su familia y los patrones empleados en la crianza de Joselolo, junto con otras condiciones y circunstancias presentes en su entorno socioeducativo, inciden de manera directa en la desviación de sus relaciones familiares, de pareja y en el desarrollo de vínculos sociales dentro de su comunidad, así como en las experiencias al margen de la ley –droga, alcohol, robo y asesinato– en las que se ve envuelta su vida, hasta el final filicida que nos muestra la historia.

*El o yo, Lola, él o yo*, repetía a su mujer antes de salir para la fábrica a cumplir su tercer turno. El bróder, alcahuetado por la madre es madre y hay una sola, caía bien sonao a golpe de diez y dormía tranquilote. Lola lo llamaba temprano. Lalo llegaba más viejo cada día y antes de caer rendido repetía: *El o yo, Lola, él o yo* (Infante, 1985/2010, p. 143).

... se machacaba el güiro con semillas de girasol y cáscaras de guineo, fumaba monte con furia y bebía como un desgraciado por si tropezaba con Luis, decirle que se cuidara, que él ya tenía un muerto encima. Aunque en el fondo más bien queda decirle que se metiera con alguien de su tamaño, porque el Luis siempre les llevó doce ruedas por delante (pp. 143-144).

El bróder se boleaba bien: la mitad de Las Mayas se retrataba con él porque inspiraba confianza. No había comenzado a volar sobre los techos ni a gritar sermones a todas horas. Nadie, entonces, le había dado la espalda o sacado el culo, que no es lo mismo pero es igual (p. 146).

... el zinc comenzó a tronar como si una manada de gatos peleara y peleara un virgo. Las balas se le acabaron, bendición divina, al tercer disparo. Acabó con la fiesta. Con todo. Acabando de acabar con su vida. Se fue saltando sobre los techos con la mirada fija en la casa de sus viejos.

Lalo ya sabía el cuento. Lo esperaba con ganas de descargarle encima todo el asco que le producía, de devolverle la vergüenza a machetazos.

Lo sentó de un planazo en pleno pecho. El bróder le tiró el revólver y sacó su picooloro.

Entonces el viejo le dejó caer el machete, esta vez de filo, con toda la fuerza de su alma (pp. 149-150).

Es tal vez la polarización social y sus consecuencias en la exclusión, diferencia e insatisfacción y desarrollo del delito en jóvenes del sector popular, el vínculo entre las tres historias que comentamos. Así lo deja ver Torres (2012) en su crónica, cuando enfatiza los sentimientos de venganza de unos personajes que resienten sobre lo que no tienen, que transgreden en busca de aquello a lo que aspiran. Muestra la imagen de jóvenes anónimos que personifican a una cultura, unos modos de ser, unos comportamientos y valores específicos. Se conjugan aquí el poder que ejerce la delincuencia organizada y la determinación del delincuente con los temores, expectativas y aprendizajes de las víctimas potenciales del delito.

Una moto sube por la principal de Macaracuay... Sobre ella, dos tipos viajan con sus trajes de invisibilidad: chaquetas, lentes oscuros y gorras.

La moto con “los invisibles” baja de nuevo y vuelve a subir. El parrillero putea. Las señas recibidas son vagas y hay mucha gente en la calle. Las tardes de los viernes de quincena se dan las mejores pescas, pero no es para cualquier pescador. “Hay que tener bolas” se ufanaba. ... (Torres, 2012, p. 25).

El parrillero se lanzó directo sobre el objetivo. El que manejaba quedó sobre la moto, listo para arrancar. No hubo necesidad de palabras. Con una pistola en la mano cualquiera se pone a revisar a otro sin tener que dar explicaciones. Comenzó la escena que todo caraqueño tiene aprendida para cuando le toque vivirla (p. 26).

El sentimiento de impotencia que embarga a quienes viven la inseguridad que caracteriza a la Caracas de estos tiempos y a quienes padecen de la violencia delincriminal, esconde tras de sí un aprendizaje vicario –en las experiencias de los otros– o alcanzado a elevados costos, tiene toda la carga

de la impunidad y ausencia de justicia que se vive frente a la violencia que se ha inserto en nuestra cultura.

El gordito obedeció dócil. Sintió un frío que le bloqueaba la audición. No sabía que tenía miedo, pero sí sabía que ya no tenía rabia. No por ahora. Solo sentía ansiedad porque todo terminara pronto. El tipo se llevó el botín, y le quitó el celular y la gorra Milwaukee Brewers por la sola costumbre de malandrear, y caminó con aplomo en dirección a la moto. Esa larga y repetida escena no duraría ni veinte segundos (Torres, 2012, p. 27).

Todos, en su impotencia, se regalaron su fantasía de justicia, de redención ante tanto abuso. Pero la vida no es una película y al segundo veintiuno, el tipo se montó en la moto y arrancaron (p. 28).

Cuando ya el tema comenzaba a morir en los pasajeros, el hombre le preguntó a la niña, que va callada viendo por la ventana con mirada melancólica.

—¿Qué tienes, nena?

—Que me da cosa con el muchacho. Tiene como ganas de llorar  
—respondió (p. 29).

En la tríada jóvenes, pobres, delincuentes, lejos de la pretensión de criminalizar la pobreza, hemos querido poner el acento sobre una realidad que muestra el perfil de jóvenes caraqueños, pertenecientes a sectores populares, vinculados con la práctica delincinencial y quienes engrosan las estadísticas de muerte en la ciudad. Si bien la pobreza y la exclusión afectan a todas las personas que habitan en estos sectores, solo un grupo muy limitado de sus miembros se dedica al delito violento; es decir, la pobreza o la desigualdad repercuten sobre la criminalidad y en los homicidios, pero resultan mediadas fundamentalmente por las instituciones en la falta de “fianza social y participación cívica” (Briceño León, 2012; Moreno, 2011, p. 2014). Entendemos así la intención de los textos discutidos, cuyo ánimo central está en colocar la mirada en escenarios y circunstancias concretas con el objeto de visibilizar una problemática social a partir de las experiencias de individuos situados. Se muestra en ellos la violencia como un modo de relación entre habitantes de los entornos urbanizados (Carrión, 2008; Cartay, 2003), una violencia que se moderniza y acrecienta las dimensiones de su



impacto, que adquiere nuevas formas a las que se asocian la inseguridad, el desamparo, la agresividad y la autodefensa.

### AL CIERRE...

Creemos necesario destacar algunos aspectos que se derivan de nuestra discusión anterior. En primer lugar debemos referir que los textos que conforman nuestro corpus de análisis nos muestran a Caracas en diferentes momentos, a lo largo de siete décadas, como ciudad hostil, infernal, en deterioro, que experimenta la degradación progresiva de sus condiciones físicas, su cultura y valores; nos descubren su fealdad, decadencia, el colapso en los servicios y en la seguridad; el malestar del caraqueño. En los cuentos se ponen en evidencia el deterioro y lo trágico que ofrece la ciudad; en la crónica se escribe una historia de la violencia ciudadina que resulta inacabada porque cada día los habitantes de la ciudad construyen un final para ella. Todos los textos señalan a Caracas como una ciudad violenta en la que sobresalen la muerte y la impunidad. Desde la importancia que se le otorga al punto de vista, actos y experiencia de los personajes, se ofrece, además, una imagen de algunos de sus habitantes como sujetos violentos; asimismo, los textos procuran la reflexión acerca de los sentimientos de indefensión, minusvalía y venganza que subyacen a las víctimas de prácticas violentas. Hay en ellos una problematización de la ciudad y de los malestares que la aquejan.

En segundo lugar destacamos la modernidad y sus efectos, tanto en la visión que se nos ofrece de Caracas en evolución constante, una ciudad compartimentada, escindida y violenta, como en la forma en que la violencia ha evolucionado e incrementado su magnitud y el modo en que se ha apropiado de la gente. Referencia vinculada a la modernidad y sus tránsitos es la caracterización, que se nos sugiere en la literatura, de lo popular en tanto cultura y condición socioeconómica en sus cualidades propias y como ámbito que se desarrolla en la ciudad.

En tercer lugar consideramos conveniente insistir en el drama presente en la ecuación jóvenes y violencia. En ella resulta notorio el hecho de una relación de vieja data que se reedita con cada nueva generación y aunque esta relación no es exclusiva de los sectores populares, es tal vez allí donde las diferencias producto de la polarización y desigualdades sociales cobran más vidas, donde la influencia de las instituciones a través de las cuales se instrumentan las políticas sociales es un ausente. Además de acumular

históricamente una gran deuda y, en consecuencia, frente a la negación de ciudadanía y los derechos ciudadanos, también la participación cívica tiene espacio negado.

Finalmente, es importante resaltar el rol que desempeña la literatura en el registro de prácticas culturales, eventos y situaciones sociales de alto impacto sobre las personas y los lugares, en la construcción y el archivo de la memoria social de las ciudades. A través de los textos analizados podemos aproximarnos entonces, en los cuentos, a las versiones de mundo creadas –Caracas como ciudad violenta– en la narrativa de ficción, representativa de las construcciones mentales que nos ofrecen los narradores y que nos permiten acceder a mundos posibles; en la crónica, a la historia que se construye, sin conclusión definida y que nos involucra en tanto lectores en su resolución, cierre o apertura continua. Por intermedio de ambos géneros literarios logramos acercarnos, desde nuestro lugar en la psicología, a nuevas formas de dar cuenta de la realidad social, a otros medios de comprensión de fenómenos, procesos y prácticas sociales.

#### REFERENCIAS

- Almandoz, A. (2011). El imaginario de la ciudad venezolana: de 1958 a la metrópoli parroquiana. Aproximación desde la historia cultural urbana. *Cuadernos de Geografía. Revista Colombiana de Geografía*, 20(1), 9-20. Disponible en <http://www.revistas.unal.edu.co/index.php/rcg/article/viewFile/23063/23836>
- Barajas, M. (2013). *Textos con salvoconducto: la crónica periodístico-literaria venezolana de finales del siglo XX*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, Ediciones de la biblioteca –EBUC.
- Briceño León, R. (2012). La comprensión de los homicidios en América Latina: ¿pobreza o institucionalidad? *Ciência & Saúde Coletiva*, 17(12), 3159-3170. Disponible en: <http://www.scielo.br/pdf/csc/v17n12/02.pdf>
- Carrión, F. (2002). De la violencia urbana a la convivencia ciudadana. En F. Carrión (Ed.). *Seguridad ciudadana, espejismo o realidad?* (pp. 13-58). Quito: OPS/OMS/Flacso. Disponible en <http://www.flacso.org.ec/docs/sfseguridadciudadana.pdf>
- Carrión, F. (2008). Violencia urbana: un asunto de ciudad. *Eure*, 35(103), 111-130. Disponible en [http://www.eure.cl/wpcontent/uploads/2008/12/EURE\\_103\\_06\\_CARRION.pdf](http://www.eure.cl/wpcontent/uploads/2008/12/EURE_103_06_CARRION.pdf)
- Cartay, R. (2003). *Fábrica de ciudadanos. La construcción de la sensibilidad urbana (Caracas 1870-1980)*. Caracas: Fundación Bigott.

- Castillo, S. (2009). Almandoz/Entre libros de historia urbana. *Eure*, 35(106), 171-176. Disponible en <http://www.scielo.cl/pdf/eure/v35n106/art09.pdf>
- Espinoza, H. (2002). Aproximación hermenéutica a Joselolo, de Ángel Gustavo Infante. *Revista Faces*, 12(22), 12-24. Disponible en <http://servicio.bc.uc.edu.ve/faces/revista/a12n22/12-22-4.pdf>
- Infante, A. (2010). Joselolo. En A. López, C. Pacheco y Gomes, M. (Eds.). *La vasta brevedad. Antología del cuento venezolano del siglo XX* (II), (pp. 137-150). Caracas: Santillana.
- Meneses, G. (1991). Alias el Rey. En G. Meneses. (Ed.). *Diez cuentos* (pp. 157-181). Caracas: Monte Ávila.
- Mora-Salas, L. (2008). “Me mataron a mis muchachos”: violencia y familias populares. *Akaderos*, 10(1), 161-178.
- Mora-Salas, L. (2013). “Aquí todo el mundo viene a odiar a todo el mundo”. Construcción de la convivencia entre escolares damnificados. *Psicología*, 31(2), 19-39.
- Moreno, A. (2011). Investigando sobre violencia delincual en Venezuela. *Revista de Investigación en Psicología*, 14(2), 97-117. Disponible en [http://sisbib.unmsm.edu.pe/BVRevistas/Investigacion\\_Psicologia/v14\\_n2/pdf/a07v14n2.pdf](http://sisbib.unmsm.edu.pe/BVRevistas/Investigacion_Psicologia/v14_n2/pdf/a07v14n2.pdf)
- Moreno, A. (2014). En el país hay una subcultura de malandros para quienes matar da prestigio y poder. *Correo del Orinoco*, 19 de enero, Caracas, SIBCI.
- Negrón, M. (2001). *Ciudad y modernidad. El rol del sistema de ciudades en la modernización de Venezuela, 1936-2000*. Caracas: Instituto de Urbanismo, Universidad Central de Venezuela.
- Torres, H. (2012). Sobre el estelar segundo veintiuno. En H. Torres (Ed.). *Caracas muere. Crónicas de una guerra no declarada* (pp. 25-29). Caracas: Puntocero.
- Trigo, P. (2004). *La cultura del barrio*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello.
- Uslar-Pietri, A. (1972). *De una a otra Venezuela*. Caracas: Monte Ávila.
- Viloria, C. (2011). *Política social, desarrollo y pobreza en Venezuela*. Caracas: Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales –Ildis.